

DISCURSO DE LA EXCMA. Y MAGFCA. SRA. RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, D^a. ADELAIDA DE LA CALLE PARA EL NOMBRAMIENTO COMO DOCTORES HONORIS CAUSA DE D. HUMBERTO MATURANA ROMESÍN Y D. JOSÉ GIMENO SACRISTÁN

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,

Sras y sres,

Uno de nuestros poetas mas queridos habría dicho que días como hoy solean las estancias del conocimiento. Y destemplan el unísono.

Que días como hoy rompen moldes y abren las mentes hacia un horizonte posible.

La Universidad de Málaga acaba de recibir a los profesores Maturana y Gimeno como nuevos Doctores Honoris Causa.

La Universidad de Málaga recibe a dos hombres que han dedicado su vida a enseñar a los que van a enseñar. A imaginar el futuro a la medida de la libertad que está aun por hacer.

Hoy, nuestro Claustro incorpora como doctores honoris causa a sus dos primeros pedagogos.

A dos humanistas que en su plenitud intelectual forman ya parte de la historia de la pedagogía.

Es un día importante para el Departamento de Didáctica y Organización Escolar.

Lo es para la Facultad de Ciencias de la Educación. Que, de nuestras facultades, es una de las que en mayor medida trabajan para el futuro. Porque tiene la altísima misión de formar a quienes enseñarán en ese futuro.

Pero también es un día importante para esta universidad, que en ellos rinde homenaje al estudio de las humanidades.

Y lo hace desde su compromiso con la excelencia en todas las ramas del conocimiento. En las ciencias y en las humanidades. En la propia esencia del saber que desde lo antiguo se reunía en el Trivium y en el Cuadrivium.

Me parecía una cita lógica después de escuchar a un renacentista del siglo XXI como el profesor Maturana.

Uno de sus mas ilustres antecesores en la pedagogía dijo una vez que “la diligencia en escuchar era el mas breve camino hacia la ciencia”.

Acabamos de comprobarlo. Para todos ha supuesto un verdadero gozo intelectual.

El profesor Maturana y yo, cada uno desde su tiempo y circunstancia, tuvimos un antecedente común universitario en la Biología celular.

Solo que él, después, abarcó casi todo el horizonte cognoscitivo, hasta casi acariciar el Nobel.

Y a mi, entre las pequeñas satisfacciones que me ha deparado la vida académica, está hoy la de imponerle el birrete de honor.

Pero sobre todo la de escucharle.

Porque una parte vital de la comunicación es saber escuchar.

Porque solo escuchando al otro es posible hablar después. Y hacerlo desde la humildad. Como si nuestras verdades ya no fueran inmutables.

Algo que tampoco viene mal para quienes enseñamos.

Escuchar para conversar. Cuantas veces habremos oído al profesor López Melero definir la conversación como “esa suma de lenguaje y sentimiento”.

Cuantas veces le habremos visto emocionarse al hablar de la biología de las emociones. “En la que el lenguaje nos humaniza”.

El profesor Maturana dedicó gran parte de su vida a unir biología y filosofía, para construir pedagogía. Una suma afortunada a la que viene estudiando desde el Instituto de Formación Matriztica.

Suma. Prodigio que fluye del entrelazamiento del lenguaje y la emoción. Y que se origina en la corteza del cerebro, ese misterio de apenas kilo y medio. Esa red de caminos neuronales que conducen a sentimientos, a aprendizaje.

Pero que, más allá, pueden conducir, sobre todo, a hacer mas humano al ser humano. Con el amor como primera de las emociones.

Con Maturana hemos vuelto a descubrir que enseñar es compartir el aprendizaje. Compartirlo de manera cooperativa con los demás.

Enseñar es preguntarle al alumno lo que piensa de la disciplina. Y en qué medida podemos construir juntos el conocimiento.

Algo innovador. Tal vez una revolución silenciosa. Limpia. Destinada a formar ciudadanos éticos. Buenas personas.

Algo que en una estructura rígida supone toda una provocación intelectual.

Aire fresco de un profesor como Maturana. Que escucha, que da una vuelta al argumento, lo retuerce. Y termina descubriendo una mirada nueva, un enfoque nuevo.

Maturana es el hombre capaz de usar lo cotidiano para construir ciencia.

Con él, se comprueba que enseñar es una experiencia alegre por naturaleza. Porque la alegría no es antagónica del rigor. Ni es exclusiva del encuentro con lo buscado. La alegría forma parte del proceso de búsqueda.

Hoy, la Universidad de Málaga no solo recibe a dos grandes iconos de la ciencia de la educación.

También a dos intelectuales que supieron expresar con palabras los anhelos de su tiempo.

Que vieron antes que otros la necesidad de un cambio. De una nueva utopía. De un nuevo horizonte.

Cada uno con sus dosis de idealismo y pragmatismo, rompieron moldes.

Incluso contradiciendo la propia etimología de la palabra enseñar. “In signare”. Que en latín significa marcar camino.

Ellos nunca quisieron ser guías de nadie. Al contrario, aspiraron a enseñar al alumno a elegir su propio camino. Desde la libertad y la responsabilidad.

Aspiraron a que el alumno fuese capaz de construir, de marcar su propia respuesta a cada situación nueva que la vida le planteara.

Nunca concibieron la educación como el mero seguidismo del maestro.

Enseñar no es solo transferir conocimientos. Pero aprender, a su vez, tampoco es repetir la lección dada.

También hay que experimentar. Que comprobar. Que construir para cambiar y mejorar.

Enseñar es conseguir que el propio alumno se convierta en artífice de su formación, con la ayuda del que le enseña.

En el caso del profesor Gimeno, en los años setenta hizo historia, precisamente, por su ruptura con la ancestral tradición escolástica.

Supo ver el signo de los tiempos. Y que esa voz interior, que etimológicamente era la vocación, ya no bastaba.

Que había que superar ese concepto vocacional que en ciertos aspectos se asimilaba al sacerdocio.

Que era necesario concebir la didáctica como ciencia de la enseñanza. Y atribuirle, en consecuencia, cientificidad.

Gimeno hizo de la observación del mundo una herramienta más. Se pegó al asfalto. Al día a día.

Tuvo siempre la intuición, la sensibilidad, para descubrir en cada esquina, en cada circunstancia de la vida, ese elemento nuevo. Ese cambio, que podía influir en la percepción que el educador tiene del mundo.

Cambio por el que también luchó con particular acierto el profesor Ángel Pérez, quien hoy es su padrino.

Repitió una y otra vez que un pedagogo es un hombre de mundo. Y no un inculto bien informado.

Que un pedagogo tiene que mirar a todos los sitios. Preocuparse de los problemas de la vida. Observar la naturaleza. La ecología.

Y analizar todo con su proverbial capacidad de síntesis y su coherencia. Para luego canalizarlo hacia la educación.

Porque Gimeno, observador incansable, lo canaliza “todo” hacia la educación.

Desde su prisma particular. Desde una pedagogía crítica, enfocada desde la izquierda política. Basada en el respeto. En la solidaridad. En la tolerancia.

Para Gimeno, solo desde la educación, desde el conocimiento, será posible un ser humano nuevo. Precisamente más humano, en cuanto comprometido con la ética como preocupación por los demás.

Preocupado por la forma en la que nuestras acciones repercuten en los demás.

Porque es, en definitiva, la cultura y el conocimiento lo que hace que el ser humano sea, precisamente, humano.

Enseñar es mucho más que la transmisión del conocimiento. Enseñar es también la ética con la que se hace. Expresada con humildad, sin arrogancia.

Es el respeto nunca negado a quien confía en nosotros para su aprendizaje. Con el que aprendemos juntos.

Enseñar es sobre todo un acto de coherencia entre lo que se piensa, lo que se siente y lo que se hace.

Hoy, en este acto solemne de investidura, el Claustro recibe a dos profesores. A dos humanistas.

Desde el matiz de su propio pensamiento, las aportaciones de uno y otro añadieron una nueva dimensión al arte de enseñar.

Ambos representan la coherencia y la utopía. La experiencia y la joven curiosidad inacabable.

Pero ambos son, sobre todo, la ética en la transmisión de conocimiento.

Profesor Maturana. Profesor Gimeno,

Sean cordialmente bienvenidos a la Universidad de Málaga.

Muchas gracias